
HOMENAJE

La Revista Uruguaya de Ciencia Política quiere rendir homenaje a la memoria de tres hombres desaparecidos Últimamente—Alfredo Errandonea, Mario dos Santos y Carlos Fuques—que de distinta manera han contribuido al desarrollo de las Ciencias Sociales, de la Sociología y de la Ciencia Política en particular, en el itinerario uruguayo y en el ámbito mayor de América Latina.

Alfredo Errandonea (padre)

Alfredo Errandonea era como se sabe, el padre de nuestro compañero, el director del Departamento de Sociología. Era asimismo el padre de Jorge Errandonea, muerto tempranamente poco antes, director a su vez y uno de los inspiradores fundamentales de la Escuela de Bellas Artes. Ambos bien conocidos por una militancia consecuente, inquieta y controvertida, primero como estudiantes, luego en calidad de docentes, siempre como partícipes fogosos en la brega de la Universidad de la República. Pero no son sólo esas las gestaciones de valor que ha dejado el Viejo Errandonea, quién reveló ser, también él, empeñoso y polémico.

Alfredo Errandonea (padre) fue en primer término un buen abogado—de la generación que lidió en la Universidad con la dictadura del '33—con una larga trayectoria de ejercicio, en uno de los estudios de nota del foro uruguayo, como era el de Arcos Ferrand.

A mediados de los sesenta optó por el retiro profesional, para abocarse de lleno a la Ciencia Política, llevando encima muchas ganas y un bagaje de lecturas considerable. Entró en el elenco de la cátedra de la Facultad de Derecho, que por entonces estaba a cargo

de Alberto Ramón Real. Desde allí desarrolló una labor docente concienzuda e impulsó la creación de un Grupo de Investigación, fórmula que en la Facultad de Derecho fue el equivalente y el antecedente de los institutos de la diversas disciplinas. En esa actividad incorporó los caudales de la politología americana, con un enfoque que caía en un momento complicado y que quiso terciar entre corrientes que en nuestro medio pesaban mucho. Por un lado, las más tradicionales y de mayor proximidad al Derecho Público, en especial la escuela francesa. Por otro lado, las de la familia marxista: con las recomposiciones y el brío de los entornos de 1968, la línea althusseriana, los productos del debate nacional y la saga latinoamericana de aquella época, que progresan en el plano político e ideológico y adquieren peso en la academia, con esquemas estructuralistas, que se oponían al funcionalismo, pero compartían en realidad una matriz similar.

De esas tareas politológicas quedan como testimonio unas “fichas de clase”, notables por la exposición sistemática y documentada, que bien pudieron servir de base para un “précis” de la asignatura. Queda también un artículo sobre “El objeto de la Ciencia Política” publicado por la Revista del CED), que contiene un planteo cabal, da cuenta de la veta teórica en la que se ubicaba y muestra el designio de una novación de la disciplina.

El trabajo de Errandonea viene a sumarse a los enfoques de Solari y de otros exponentes de la Sociología Política, al de los demás docentes de Derecho y a los desarrollos de mayor calado de Carlos Real de Azúa, para dejar sentados los fundamentos intelectuales y las iniciaciones académicas, que ensanchan el camino de la Ciencia Política en el Uruguay.

En seguida lo buscamos para que interviniera en la reestructuración del Instituto de Ciencias Sociales, apoyando un plan de redefinición profesional y de asentamiento académico, que algunos tenientes de la innovación universitaria y la dirigencia del Centro de Estudiantes de Derecho impulsábamos desde mediados de los sesenta, para dar paso a los sociólogos jóvenes, formados mayormente en el exterior, volviéndose en buena medida contra los veteranos, aprovechando incluso las rencillas que los dividían.

Se trataba de imprimir un nuevo perfil científico, frente al "ensayismo" (qué espanto) y frente a los practicantes que venían de otras disciplinas (sobre todo del derecho), contando para ello con gente dedicada por entero al oficio, que había hecho cursos especializados de Ciencias Sociales y estaba asociada a las nuevas corrientes que prosperaban en la región. Alfredo Errandonea (hijo), Carlos Filgueira, Gerónimo de Sierra, eran algunos de los que entraban en este embarque.

Ibamos sobre el organismo existente desde 1957 en la Facultad de Derecho, dirigido primero por Isaac Ganón y luego por Aldo Solari, a quienes tomamos como blancos de una crítica exagerada y cuyos aportes a la sociología nacional, cada uno a su altura, hoy valoramos con otro aprecio. Queríamos levantar una armazón más sólida, eventualmente un instituto "central", como los que preveía el Plan del Rector Maggiolo, que acumulara esfuerzos y diera servicio a toda la Universidad, con otro estatuto, equipos de investigación y una carrera de Sociología. Hasta habíamos pensado, para más adelante, en la posibilidad de crear dentro del Instituto de Ciencias Sociales, un departamento de Ciencia Política (con esas miras me fui a hacer el doctorado en París).

Desde nuestras filas en la Facultad de Derecho, el emprendimiento era visto además como un apoyo a los impulsos reformistas, de enseñanza activa y de cambio en el plan de estudios, sirviendo para aumentar la incidencia de las ciencias sociales en la enseñanza jurídica, con otros encuadres académicos y con propósitos ideológicos, que llamaban a la controversia.

Eran tiempos tormentosos y como todas los ensayos de modernización de aquella década —cargados con las buenas intenciones que inspiraron la gesta de la Ley Orgánica y los esfuerzos posteriores— también estas andanzas quedaron atrapadas por el encrespamiento de posiciones y un empuje agrandado de ruptura, en una lógica de poder por momentos muy agresiva y sectaria, al influjo de una politización creciente, que contrariaba las reglas del pluralismo, haciéndose cada día más radical y polarizada. Ese clima empapó las opciones de orden académico, el contencioso entre las diversas tendencias y entre los propios renovadores, con un calor que marcaba el desplazamiento de las militancias y que —en pro de la revolución que suponíamos muy próxima— fue cercando y llegó incluso a ahogar, las vocaciones de la reforma universitaria.

Para bien y para mal, el Viejo Errandonea participó en estos avatares, desde la cátedra de Ciencia Política y desde la Dirección del Instituto de Ciencias Sociales (cuando estaba en los altos de la esquina de Mercedes y Magallanes), tratando de recomponer los esquemas de actividad, la investigación y la enseñanza, las publicaciones y la gestión administrativa. Impulsando un concurso de pruebas, que permitió el relevo docente. Aplicó a esas tareas todo su talento, su genio incisivo y complicado, con un despliegue de iniciativa y una capacidad de trabajo impresionante, de a ratos obsesiva. Lo hizo en verdad, con mucho mérito y con proyecciones de influencia. Pero también con un ímpetu problemático, conflictivo, que hacía parte de su misma personalidad —de esa fuerza que lo animaba— y que calzó con las disputas de la política universitaria, en un cruce crítico, que terminó ocasionando su alejamiento. Otros tomaron la posta, hasta que la intervención de la Universidad cortó de plano la experiencia.

Con aciertos y desaciertos, estos episodios integran un ciclo de pensamientos y actividades fermentales, de construcciones y agitaciones, que perdura en los centros privados y se reanuda en la Universidad después de la dictadura —con otros tonos, pero con la misma meta— constituyendo un antecedente para los avances que sobrevinieron: la fundación de la Facultad de Ciencias Sociales, el esperado

arreglo de Sociología, la creación del Instituto de Ciencia Política, sus producciones como centro docente especializado y la formación progresiva de una comunidad académica en nuestra disciplina, la misma edición de esta Revista en fin, los desarrollos de los Últimos diez años y los cometidos en que ahora estamos. Alfredo Errandonea (padre) tuvo un papel destacado en aquella siembra. Y es bueno recordarlo.

Mario dos Santos

Mario dos Santos (1944-1995), de nacionalidad argentina, filósofo de formación, buen amigo de los uruguayos, fue un analista aguzado y un profesor muy competente en materias de Filosofía Política, de Teoría Política, dentro del área de Ciencias Sociales. Cumplió en particular una tarea importante, de proyección regional, como miembro de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO (el Consejo Latino Americano de Ciencias Sociales).

Desde mediados de los ochenta, a partir de la instalación democrática, Mario se desempeñó como docente en la Universidad de Buenos Aires. Fue asimismo profesor visitante en sedes de FLACSO y en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Austin. Paralelamente, ocupó un cargo de primera línea en el cuartel general de CLACSO —en el noble edificio de la Avenida Callao— realizando allí, durante unos cuantos años, labores estratégicas de gestión institucional, de animación académica y de publicaciones.

Como Coordinador de los Programas de Investigación supo dar impulso a muchas iniciativas y apoyó las que planteaban los actores de la comunidad latinoamericana, ayudando a articular el esfuerzo de los grupos y de las comisiones de trabajo de CLACSO, así como las actividades de los centros académicos, país por país. En esa calidad intervino directamente en algunos proyectos regionales —como el estudio sobre “Estrategias de Gobernabilidad”— en oficio de coordinación y con análisis de su propia cosecha.

Llegó a ser así un protagonista muy activo en las líneas que tendió CLACSO en la Última década, que enganchan con lo que se hizo durante los períodos autoritarios y están destinadas a favorecer el avance de las Ciencias Sociales de América Latina, en una fase distinta de la precedente: cuando los ciclos de transición democrática se anudan con procesos mayores de reforma, afectando las estructuras de la sociedad, de la economía y del estado. Los trabajos de coordinación y la obra propia de Mario dos Santos se ubican en el centro de esa problemática, abordando en particular las estrategias políticas y el relacionamiento entre los principales sujetos de poder, la cuestión de la democracia y del gobierno, la reestructuración del orden estatal, en una coyuntura de crisis y en el contexto de sociedades con déficits de equilibrio y aperturas de desarrollo.

Las publicaciones de las que fue autor y compilador (por ejemplo: “Concertación político-social y democratización”, “Los conflictos por la creación de un nuevo orden”, “Hacia un nuevo orden estatal en América Latina”, “Sociedad de actores y regulación social”, el libro póstumo “Sociedades sin atajos”, escrito como otros de sus textos con Fernando Calderón), dan cuenta de esa preocupación vertebral y de los aportes que Mario dos Santos hizo en la materia.

En su labor docente y en el trato personal, en su escritura prolífica y en las hechuras de CLACSO, Mario dos Santos dejó una marca por la que siempre hemos de tenerlo presente. La de un hombre de afectos y de bondad, intelectual calificado, comprometido con las causas de su patria y del continente, más dispuesto a la composición que al conflicto, que fue generoso con su amistad y con su inteligencia, que supo poner sus bagajes de cultura, su formación académica y su capacidad de gestión al servicio de un cometido prioritario: el progreso del pensamiento social, de la reflexión política y de las disciplinas científicas, en momentos en que transitamos por un verdadero cambio de civilización y nuestros países requieren de un concurso de esfuerzos redoblado. Las Ciencias Sociales de América Latina y sus compañeros uruguayos, tenemos mucho que agradecerle por esa entrega.

Carlos Fuques

Carlos Fuques (1938-1996) era el Administrador de la Fundación de Cultura Universitaria (FCU), la casa editorial y librería constituida en 1968, sobre la base de la vieja Oficina de Apuntes del Centro de Estudiantes de Derecho (CED).

Desde mediados de los cincuenta y con su filiación anarquista, Fuques fue un dirigente estudiantil destacado, primero en Artigas, luego en el Centro de Derecho y en la FEUU, como Secretario de Asuntos Gremiales, encargado de las relaciones con el movimiento obrero. Perteneció a la generación de los que militaron en la gesta de la Ley Orgánica de 1958 y en los días de la crisis del Uruguay batllista, con el ánimo marcado por las ideas de la reforma universitaria y cuando las consignas de la revolución cundían en América Latina, cruzando el espíritu de Córdoba con los influjos de la epopeya cubana. Hacia fines de la década del sesenta, los revuelos políticos lo indujeron a salir del curso sindicalista para integrarse al MLN-Tupamaros. Por esa causa pasó más de cinco años en el Penal de Libertad.

Antes de eso trabajaba en la Librería de la Universidad, que estaba ubicada en el hall del edificio central y cuyo establecimiento fue un paso importante en el proceso por el que la Oficina de Apuntes llega a crear la Fundación. En ese punto privilegiado —de tráfico cultural y de comunicación política— aprendió el oficio de librero, cultivó su familiaridad con la producción jurídica y con la literatura de las ciencias sociales, en trato directo con los hombres y con las obras. A la salida de la cárcel, en 1977, volvió a la Fundación, para encontrar un destino profesional de aliento, en el que pudo conjugar su capacidad personal y las destrezas adquiridas, las claves de la educación militante y el conocimiento universitario, con las exigencias de una gestión responsable, de proyección expansiva y diversificada.

Eran tiempos harto difíciles, por las condiciones generales que imponía la dictadura y

el corte en la Universidad. Desde la sede de la Ciudad Vieja, lejos del habitat originario, había que enfrentar el aislamiento, los desajustes internos y las exigencias de la "economía de guerra", sin dejar de ser fieles a la tradición universitaria y preservando los valores que dieron nacimiento a la FCU. Se contó para ello con el concurso invalorable de José Arlas, Enrique Tarigo y Enrique Véscovi, de Adela Reta, Carlos Benvenuto y Juan Pedro Labat, quiénes tomaron a su cargo, con generosidad y dedicación, el papel directivo que los estudiantes no podían asumir.

Fuques se convirtió en un animador estratégico en esa etapa y en la siguiente: al paso de los ochenta, cuando se extendió la pelea por la recuperación democrática y la FCU pudo ampliar su producción, organizar cursos paralelos de derecho, obrar como centro cultural y ser de nuevo un punto de encuentro. El relevo civil y la vuelta a la Universidad inauguraron otro ciclo, en el que se afirmó la editorial y la librería, se multiplicaron las publicaciones jurídicas y hubo otra vez espacio para los textos de ciencias sociales. La conducción de Fuques se aplicó a este empuje de crecimiento y sirvió para alentar los desig-nios fundamentales de un organismo complejo, sin fines de lucro, que debe ajustarse a las reglas de eficiencia y cumplir a la vez sus cometidos de servicio, compaginando los productos más rentables con los que sólo dejan una ganancia académica, actuando en verdad como un factor de cultura universitaria.

Por ese camino la FCU llegó a ser la editorial jurídica más importante del país, con un sin fin de publicaciones especializadas y de textos dirigidos a la docencia. Ampliando su horizonte de manera significativa, para retomar una función que había quedado vedada por el paréntesis de la dictadura, la FCU desarrolló también su línea de Ciencias Sociales, cumpliendo en este campo una tarea muy valiosa. Fue importante en tal sentido la colección de "Temas Nacionales", acompañada de otros volúmenes particulares, del tiraje de las "fichas", anuarios y revistas, que sostienen las labores de enseñanza y de investigación, cubriendo sobre todo las dos reparticiones en

las que se dividió la antigua Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

En lo que respecta a la Ciencia Política, la FCU ha sido un centro de promoción apreciable, en el apoyo de numerosos eventos académicos y en la cuerda editorial. Por lo pronto con la relevancia de esta Revista —que va entrar en su año noveno— y con otras series del Instituto, como los “Cuadernos de Ciencia Política” y la colección refinada de “La Torre de Babel”, que se agrega a un catálogo largo, de libros de diversos autores.

En todas estas iniciativas y en casi dos décadas del recorrido de la FCU, Fuques dejó una impronta imborrable. Por las dotes que escondía bajo ese aire seco y rezongón, por su inteligencia y su conducta de hombre de-recho, íntegro, su acervo de cultura general y

sus saberes profesionales, por la tenacidad y la solvencia con que encaró cada uno de sus empeños. Tuvo un sentido de la historia, una noción del país y de la Universidad, que daba solidez y marco de referencia a los desarrollos editoriales. Tuvo en fin, una capacidad preciosa, que le sirvió para dirigir la Fundación con eficacia práctica y con conciencia clara de los valores que la inspiran, haciendo honor a una lógica de colectividad, tendiendo el puente con su militancia originaria, proyectando las tradiciones y los sentimientos con los que se formó en la recreación permanente de esta gran empresa de cultura universitaria.

Jorge Lanzaro